

Vida de Lope de Vega*

Por Max AUB

Lope nace en 1562 cuando Madrid cumple un año como capital. Un año antes había muerto Jorge de Montemayor. Diez años tenía cuando faltó Santa Teresa; veintinueve cuando desaparecen fray Luis de León, San Juan de la Cruz, Gaspar Gil Polo; treinta y cinco cuando fallece Fernando de Herrera. Góngora tiene un año más que él. Quevedo diez y ocho menos. Es estrictamente contemporáneo de Bartolomé Argensola. En 1599, nace Velázquez y al año siguiente Calderón; en 1601, Baltasar Gracián, seis años más tarde Rojas Zorrilla. En 1616 desaparecen Cervantes y Shakespeare, *El Greco* había muerto dos años antes. Vicente Espinel es doce años mayor que Lope; Guillén de Castro seis menor; Tirso de Molina, doce.

Cumple un año al acabar el Concilio de Trento, su niñez coincide con la sublevación de los moriscos de las Alpujarras y las ejecuciones de Egmont y de Horn, el destronamiento de María Estuardo. A los nueve oíría de Lepanto; a los dieciséis, de la muerte de don Juan de Austria, del asesinato de Escobedo y del proceso contra la princesa de Éboli y Antonio Pérez. Tres años más tarde participa en la expedición de don Álvaro de Bazán a las Azores; en 1588 en la de la Armada Invencible, en la que muere en sus brazos un hermano suyo. Guerras con Francia e Inglaterra y la paz de Vervins, la autonomía de los Países Bajos. En 1598 muere Felipe II. Felipe III expulsa a los moriscos en 1609, se recrudecen las luchas religiosas, empieza la que será la Guerra de Treinta Años. 1621 y Felipe IV, ejecución de don Rodrigo Calderón. Tres años más tarde sube al poder, en Francia, el cardenal Richelieu. La larga agonía de España da señales inequívocas: la separación de Portugal, las revueltas de Cataluña, pero, la rota de Rocroy, en 1643, sucede ocho años después de la muerte de Lope.

(Shakespeare y Marlowe tienen dos años más que él, igual que Galileo; Descartes treinta y cuatro menos. El ocaso de su vida coincide con los nacimientos de Locke y Espinoza. Calvino muere cuando tenía dos años; Cornelio Hansenio cuando tenía veintitrés; Juan Bautista Marino tiene siete años más que él y José Churriguera doce menos.)

La obra de Lope es inseparable de su vida. Escribió para vivir, vivió para escribir. Nada de lo que hizo puede separarse de su acontecer diario. Cuanto le sucedía, cuanto pensaba fue sin más de su magín al papel. Extravertido, le ayudó su prodigiosa facilidad, su innato buen gusto, su amor por la vida. Si a algún artista se le puede comparar es a Rubens, al que no por nada admiró tanto. No fue culto sino humano, casi al revés que Góngora.

Basado en la tradición creó el teatro nacional español; creció al mismo tiempo que Madrid, que fue algo más que su ciudad natal. Su padre, Félix de Vega Carpio, montañés, trabajó en Valladolid, cuando fue corte; la siguió a Madrid dejando a su legítima por otra que no lo era tanto. Francisca Fernández Flores, sin amilanarse, se reconcilió con su esposo a principios de 1562 y —justa prenda— el 25 de noviembre, día de San Lope, nació el Fénix. Estudió en el Colegio de la Compañía de Jesús; allí debió empezar a escribir comedias

de a cuatro actos y de a cuatro pliegos.

Parece que cursó en la Universidad de Alcalá, al servicio del obispo Manrique de Lara.

*Aquí luego engañó mi pensamiento
Raymundo Lulio, labirinto grave,
rémora de mi corto entendimiento.*

Poco después dejó los estudios:

*Cegóme una mujer, aficionéme,
perdóneselo Dios...*

En este verso y medio afirma ya una postura: su falta de sentido moral en cuanto de mujeres se trata: él no tiene culpa de su afición sino ella.

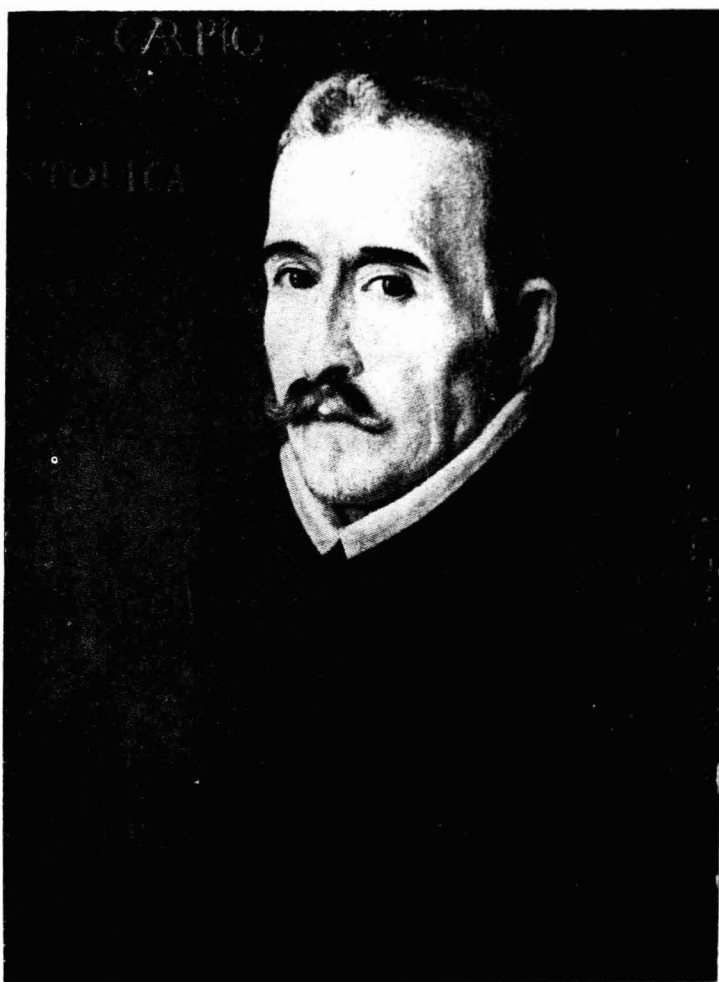
Posiblemente a consecuencia de esos amoríos estudió algún tiempo en Salamanca pero, ya en 1583, zarpa en la escuadra

del Marqués de Santa Cruz, con destino a la isla Terceira, que no reconocía la autoridad de Felipe II. Dos meses más tarde, la escuadra regresaba victoriosa a Cádiz. Lope, ya poeta conocido y apreciado, va a cumplir veintidós años.

En Madrid, tiene un hijo con *Marfisa* antes de enamorarse de *Filís*. *Filís*: Elena Osorio, cómica de donaire, hermosa, no desprovista de caletre ni de desvergüenza. Estos amores llevarán a Lope a la cárcel. Le persigue Jerónimo Velázquez, padre de la actriz y aprovechado autor —es decir, entonces, empresario— de sus primeras comedias. El poeta, a los veinticinco como lo siguió haciendo en la vejez, daba publicidad a sus relaciones (en verso, desde luego, lo que por aquel entonces no le sirvió de atenuante). No le importaba que su amada tuviese otros favorecedores de mayores posibles pero, al disgustarse, por lo que fuera, escribió algunas relaciones ofensivas para la familia Velázquez, que recurrió a los tribunales. Encarcelado aseguró: "Yo quiero bien a Elena Osorio y le di las comedias que hice a su padre, y ganó con ellas de comer, y por cierta pesadumbre que tuve, todas las que he hecho después se las he dado a Porres, y por esto me sigue; que si yo le diera mis comedias no se querellara de mí." Posiblemente no andaba equivocado, como años después se probó. Lo cierto, que fue condenado a cuatro años de destierro de la corte y a dos más del reino.

Saliendo a cumplir su condena, rapta a Isabel de Urbina, con la que probablemente estaba ya en relaciones. La familia denuncia a Lope, que se casa por poder el 10 de mayo de 1588, lo que no le impide alistarse en la Armada Invencible, el 29 del mismo mes. Desembarca en Cádiz en diciembre del mismo año y, a principios del siguiente, se establece en Valencia, con su mujer.

Valencia era ya una ciudad mercantil, con una importante industria editorial y gran gusto por el teatro. "Había muchos mudéjares en las huertas —dice Zamora Vicente—, protegidos por la nobleza, y las formas del humanismo italiano. Habían dejado una gran huella, al lado de formas poéticas aún provenzales." Tal vez, pero lo que halla Lope es el romance. Escribe entonces los mejores que salieron de su pluma. Corren de boca en boca y le llevan de la mano al teatro que



Retrato anónimo de Lope

* Conferencia leída dentro de la serie de homenaje a Lope, organizado por la Dirección General de Difusión Cultural de la UNAM.

buscaba su camino: Francisco Tárrega, Gaspar de Aguilar, Carlos Boyl, Guillén de Castro forcejeaban con las formas existentes. El teatro "español" surge del romance y de los amores de Lope con todas sus armas, igual que Atenea de la cabeza de su padre. Lope escribe a destajo, estrenando en Valencia y en Madrid:

*Necesidad y yo, partiendo a medias
el estado de versos mercantiles,
pusimos en estilo las comedias,
yo las saqué de sus principios viles,
engendrando en España más poetas
que hay en los aires átomos sutiles.*

Sus comedias hacen de él, antes de cumplir treinta años, el autor más popular. Lo reafirma, en el citadísimo prólogo a sus comedias, Miguel de Cervantes: "entró luego el monstruo de naturaleza, el gran Lope de Vega, y alzóse con la monarquía cómica; avasalló y puso debajo de su jurisdicción a todos los farsantes; llenó el mundo de comedias propias, felices y bien razonadas, y tantas, que pasan de diez mil pliegos los que tiene escritos, y todas, que es una de las mayores cosas que puede decirse, las he visto representar u oído decir, por lo menos, que se han representado." De donde, a cuatro pliegos por comedia decantan dos mil quinientas, y no cerca de mil menos que aseguró Lope el haber salido de sus manos. Conformémonos con las que nos quedan.

En 1590, pasado el tiempo del destierro fuera del reino, acercándose a Madrid, se establece en Toledo, como secretario del duque de Alba, nieto del más famoso. En Alba de Tormes se queda Lope cinco años —la época más tranquila de su vida—, escribiendo poemas, comedias, novelas pastoriles. Allí muere Isabel de Urbina al nacer su segunda hija, que la sigue muy niña, al igual que había fallecido la primera.

Regresa a Madrid en 1595 donde Jerónimo Velázquez, en mal de comedias, ofrece su perdón. Lope escribe espléndidos romances y sonetos a la memoria de sus amadas muertas mientras vende en pública subasta hasta sus menores prendas interiores. Al año siguiente es procesado por amancebamiento con Antonia Trillo de Armenta, viuda acomodada y ligera.

En 1598, a pesar de cantar ya a Micaela de Luján, casa con Juana Guardo, hija de rico carnicero —lo que dará no poco de hablar—, que le da tres hijos: Juana murió pronto; Carlos Félix a los siete años; Felicianita sobrevivirá a su padre que se coloca, al llegar a la Corte, como secretario del futuro conde de Lemos.

En 1599, sus comedias suman ya más de cien, va a Valencia en el séquito de Felipe III. Es la época de Micaela de Luján, amores que durarán cerca de diez años. Era comedianta, casada, madre de dos retoños a los que Lope añadió siete: Ángela, Jacinta, Juan, Félix, Marcela y Lope.

Lope va y viene de Madrid a Toledo y Sevilla donde residen su mujer y Micaela de Luján. Le nacen hijos de ambas; la legítima al parecer no fue lince; ni siquiera sabía firmar.

Desde 1605, Lope había entablado estrecha relación con el duque de Sessa, a quien sirvió el resto de su vida en menesteres de toda índole. En 1608 se titula familiar del Santo Oficio de la Inquisición; en 1610 se afincan definitivamente en Madrid: compra una casa en la calle de Francos, en la que morirá. Allí su jardín, sus libros, sus cuadros, que tantas veces dirá que le bastan. Allí escribirá sus mejores comedias. Con su mujer en casa, y su amante unas manzanas más lejos, parece que la vida del autor de *El perro del hortelano* se ha asentado definitivamente:

*Ya en efecto, pasaron las fortunas
de tanto mar de amor...*

(¿Quién habla tanto de sí, en su tiempo? ¿Quiénes hablan —entonces— tanto de sí como los españoles? Nadie. Lope, el más español de los españoles, se pasa la vida dando y diciendo de sí.)

Algunos tratadistas, desde que se descubrió la verdadera biografía de Lope, dieron en traer a Don Juan a cuento. No hay tal: Don Juan pasa y engaña, por engañar y pasar. Lope no engañó a nadie; siempre enamorado de verdad, intentando formar hogares —así fuesen múltiples y contemporáneos—, procreando hijos, antípoda en esto también del ser inventado por Tirso. Lope es —como lo dirá tantas veces— *amor natural*; multiplicado, pero natural; solar —hoy, de día— (don Juan, nocturno y alevoso). Don Juan o la trampa; Lope, si las hubo, cayó en todas. Don Juan no se arrepiente sino —dicen— a última hora; Lope pasó su vida arrepintiéndose de lo hecho el día anterior, a menos que fuera obra escrita. Lope se cuenta, de don Juan cuentan y no acaban.

Lope no alcanzó nunca el aprecio de la corte y el de ciertos cultos, como Góngora, aunque sí el de los conceptistas, como Quevedo. Fue normal, por popular. El éxito despierta envidias y desprecios en los que se creen superiores por más finos o de mejor prosapia: nada entre dos platos frente al juicio de mañana.

En el verano de 1613, Carlos Félix, de siete años, enferma y muere; Juana de Guardo, pocos meses después, fallece de parto.

Para ejemplo de cómo se escribe la historia —sobre todo por los más allegados, he aquí cómo Montalbán cuenta la vida de Lope, tras la muerte de su segunda esposa, ejemplo de la santidad de toda ella—: "Retiróse de las ocasiones más leves. Trató sólo del remedio de su alma... Con este concierto de vida pasó muchos años viviendo siempre con tanta atención a su conciencia, con tanto respeto a su estado, con tanto despegó al siglo, con tanto afecto a la virtud, con tanto descuido de su vida, y con tanto cuidado de su muerte, que parece la deseaba o la suponía muy cerca, porque con mucho tiempo hizo su testamento."

Corrió siglos esta versión, aumentando el asombro producido por su obra. Lo cierto fue que, a fines de 1613, Lope vive con Marcela y Lope Félix, los dos hijos más pequeños de Micaela de Luján. Aparece otra mujer: Jerónima de Burgos. Lo que no impide para que, en 1614, ya cincuentón, se ordene. Siempre al servicio del duque de Sessa, viaja con la Corte. A fines de 1616 corre a Valencia para recibir a otra cómica, Lucía de Salcedo, que regresa de Nápoles. Allí encuentra, razón oficial de su viaje, un hijo suyo, ya fraile, de cuya madre nada sabemos.

Regresa a la Corte, como siempre, arrepentido: "Traigo estos días mil pesares en verla [su alma] empleada tan bajamente y sin remedio; porque no estoy en tiempo de poder aplicarle ninguno" —le escribe al duque, su señor. Se refiere sin duda a Marta de Nevares, hermosa de veintiséis años, con cierta cultura artística, casada con un tal Roque Hernández, al que atribuyen oficialmente una hija, en 1617, de la que fue padrino el hijo del duque de Sessa, a quien Lope sigue sirviendo, escribiéndole, entre otras, no pocas cartas galantes. Y aún más: le remite las de su propia amante: para que las coleccionen. "Yo estoy perdido —le escribe al duque de Sessa, ese mismo año—, si en mi vida lo estuve, por alma y cuerpo de mujer, y Dios sabe con qué sentimiento mío, porque no sé cómo ha de ser ni durar esto, ni vivir ni gozarlo." Roque Hernández intentó quedarse con el retoño; hubo pleitos, que se resolvieron con la inesperada muerte del querellante. Poco después dedicaba Lope *La viuda Valenciana* a Marta de Nevares, con estas palabras: "Suelen decir por encarecimiento de desdichados: 'fulano tiene mala sombra'. No la tuvo mujer tan mala desde que hay sol; y siéndolo vuesa merced de hermosura, se espantaban muchos de verla con tan mala sombra. ¡Bien haya la muerte! No sé quién está mal con ella, pues lo que no pudiera remediar física humana, acabó ella en cinco días con una purga sin tiempo, dos sangrías anticipadas y tener el médico más afición a su libertad de vuesa merced que a la vida de su marido." Y tras los más encendidos elogios a su amante, firma: "Su capellán y aficionado servidor, Lope de Vega Carpio."

Lope, rejuvenecido, se enreda en polémicas; sigue escribiendo sin tasa, se ocupa de la publicación de sus comedias. En 1621, su hija Marcela ingresa en las Trinitarias. Lope trae más hijos a su casa: de Micaela de Luján, de Juana Guardo, de Marta de Nevares. Mas, poco después, su último amor queda ciega y, en 1628, pierde la razón; tardará cuatro años en morir.

*con alguna inclinacion
de en alguna de las cosas
de la vida, pero por lo
que con reverencia firmo
al poder en el secreto
fin.*
Lope de Vega et eiusdem M. M. J.
manu concepta
En Madrid a 20 de Mayo de 1622
Lope de Vega Carpio

Autógrafo de Lope de Vega



Casa-Museo de Lope — Madrid

Desde que Marta de Nevares pierde la vista, Lope abandona el cuidado de editar sus comedias e ingresa en la Congregación de San Pedro. Escribe un largo poema acerca de la vida de María Estuardo, dedicado al papa, que, en premio, le otorga el título de doctor en teología, y Lope antepone un *fray* a su nombre. En 1632 publica *La Dorotea*, atalaya de su vida, redactada a lo largo de sus largos años, y, a su viejo y constante amigo Claudio Conde, una carta en la que recuerda el inverosímil número de sus comedias, su rapidez al redactarlas:

*pues más de ciento en horas veinticuatro
pasaron de las musas al teatro*

y asegura que salió:

a cinco pliegos de mi vida al día.

Tal vez no todos los de cada semana, pero sí muchos. Una comedia cabía en cuatro pliegos; a pesar de tan enorme actividad, Lope nunca tuvo lo necesario para poder sustentar sus familias. Sus cartas al duque de Sessa están llenas de las peticiones más variadas: ropas, dineros, alimentos.

Le quedan en su vejez tragos muy amargos; su hijo Lope Félix muere en las costas de Venezuela, tragado por el mar; Antonia Clara, hija de Marta de Nevares y su secretaria, es raptada por un protegido del Conde Duque de Olivares.

El 25 de agosto de 1635 sufre un desmayo, el día siguiente recibe los sacramentos y firma su testamento. Muere el 27. Su entierro fue manifestación de su inmensa gloria. Durante más de dos siglos su vida fue tenida por dechado de honradez, fundándose en la biografía de su admirador Montalbán. Sólo a fines del XIX púsose en claro —hasta donde se puede— su ajetreado acontecer, arrojando luz natural a su obra prodigiosa.

“Portento del orbe, gloria de la nación, lustre de la patria, oráculo de la lengua, cetro de la fama, asumpto de la envidia, cuidado de la fortuna, fénix de los siglos, príncipe de los versos, Orfeo de las ciencias, Apolo de las musas, Horacio de los poetas, Virgilio de los épicos, Homero de los heroicos, Píndaro de los líricos, Sófocles de los trágicos y Terencio de los cómicos; único entre los mayores, mayor entre los grandes y grande a todas luces y en todas materias” — describe el doctor Juan Pérez Montalbán a Fray Lope Félix de Vega Carpio al principio de su *Fama póstuma*, un día tenida en tanto y hoy menospreciada, con toda su balumba heroico-churrigueresca y ditirámico entusiasmo; no por faltar a la verdad con los adjetivos sino por hacer de Lope un santo varón sin pecados conocidos, cuando no hizo otra cosa que darles formas desgarrándose en ellos para mayor gloria de la literatura universal. Con decir Montalbán que fue el mayor poeta español, acertara por lo corto y diera en el blanco.

En sus setenta y dos años de vida Lope escribió más que nadie —lo que no sería gloria suficiente— porque durmió poco. *Monstruo de naturaleza* le llamó Cervantes, que le conoció bien (amigo a lo primero, enemigo después, reconciliado al fi-



Sor Marcela de San Félix, hija de Lope

nal), y no de la naturaleza como se suele a veces erratear. Durmió poco, y lo que la mayoría da al sueño lo aprovechó para su obra, aun tildándola, mintiendo —como es común en quien habla de sí—, de poco trabajada. “La agudeza de mis escritos —dice en la dedicatoria de *El Alcalde Mayor* (al doctor Cristóbal Núñez, en la noble y admirable ciudad de México)—, los cuales hubieran tenido más castigo, si la fortuna se concertara con la pluma.” Así añadida, yendo a lo que aseguro: “Dijo Aristóteles en el primero libro de sus *Ethicas*, que por lo menos el desdichado no se diferenció del dichoso por la mitad de la vida; yo creo que se ha de entender del sueño, y dése he gozado tan poco, que quien hubiera vivido pocos años, y dichosamente, lo fuera más que yo, cuando mi vida fuera la que tenían los hombres en la juventud del mundo.” Da luego un cuadro de su vida que, si nos atuviéramos a una sola parte de sus días, podría ser cierta: “Bien es verdad que la naturaleza (que como vuesa merced sabe) se contenta con poco, anduvo tan piadosa conmigo, que con dos flores de un jardín, seis cuadros de pintura y algunos libros, vivo sin envidia, sin deseo, sin temor y sin esperanza, vencedor de mi fortuna, desengañado de la grandeza, retirado en la misma confusión, alegre en la necesidad; y, si bien incierto del fin, no temeroso de que es tan cierto. Con esta filosofía camino por donde más me puedo apartar de la ignorancia, desviando las piedras de la calumnia y las trampas de la envidia.” Escribe esto, en Madrid, el 9 de noviembre de 1619; todavía le quedan dieciséis años de amores, calumnias, envidias, de reino en los teatros.

No hay razón para suponer que no escribiera el enorme número de comedias que se le atribuyen y aún más. Los eruditos decidieron que para hacerlo sólo contaba con alrededor de doce días para pergeñar una; no creo que para un poeta de su extraordinaria facilidad fuera imposible, ni mucho menos, escribir una comedia a la semana; descontando los años en que estuvieron prohibidas, dándole buen espacio para urdir sus largos poemas. (*La Dorotea* es obra de juventud, cuidada y publicada en la vejez.) Su poesía lírica es toda ella —como siempre lo es de por sí— de circunstancias. Todo amor o, mejor dicho, amores, correspondencia. También lo es gran parte de la lírica de sus comedias. Viviendo siempre al día, atento a él, a sus complicaciones, a sus remedios, para Lope amor y teatro fueron una misma cosa; la mayor parte de sus amores fueron teatrales, atado como lo estuvo a las compañías de su tiempo. (A su poesía mística, tan buena como otra cualquiera, le falta la luz de contención, la sobriedad que hace la grandeza impar de San Juan de la Cruz. Lo que no es de extrañar; Lope lo fue todo, menos santo.)

Mientras amó a una mujer, le fue fiel en el lugar de su residencia. Ahora bien, aunque casi no saliera de España, viajó mucho. Lloró las desastradas muertes de sus mujeres; tuvo muchas y gustó de vivir rodeado de ellas. No lo ocultó y su enorme cancionero de amor, siempre referido a personas concretas, es —y es de suponer que lo sabía— su inmortal monumento.